

Comunidad

Víctor Codina SJ*



En el reciente Congreso internacional de Vida religiosa celebrado en Roma en noviembre de 2004, las aportaciones del grupo de jóvenes religiosos-as insistieron en la línea de pedir una vida comunitaria auténtica, evangélica, transparente, hecha de relaciones fraternas sinceras y acogedoras, alimentada con la Palabra y la eucaristía, que sea para nuestro mundo un testimonio del Reino.

Esto significa que la joven generación encuentra un déficit de vida comunitaria en las generaciones más mayores.

En el mismo Congreso, en la ponencia de T. Ratcliffe, se habló del testimonio evangélico que ofrece en Burundi una comunidad de religiosas hutus y tutsis, tribus que durante años se han odiado y asesinado mutuamente.

Estamos pues en un mundo, por una parte, desgarrado por divisiones y odios políticos y étnicos, por otra parte, sediento de nuevos modelos de comunidad. El mundo moderno se caracteriza por su eficacia funcionalista y su organización técnica. El mundo postmoderno acentúa el individualismo e incluso el narcisismo. Quizás por todo ello hay una nostalgia de auténtica comunidad, una sed de relaciones fraternas, tejidas de acogida, respeto y reconocimiento de los dones y límites. Y la generación joven, víctima de la incomunicación y el pragmatismo de la sociedad y de la misma Iglesia y a la vez sensible a los valores positivos de la postmodernidad, es la más interesada en la dimensión comunitaria de la VR.

Pero para que la nostalgia de la vida comunitaria en la VR no parezca simplemente un sueño juvenil, hay que enmarcarlo dentro de una teología de la comunidad. La idea de comunidad es esencial al cristianismo.

A través de la revelación que se ha dado en la historia de la salvación a través de la economía del Hijo y del Espíritu, creemos que nuestro Dios no es un Ser solitario, sino una cálida comunidad de amor, entrega y reciprocidad, que a falta de otro mejor concepto, llamamos Trinidad.

El Padre es el principio y fuente de vida, el Hijo es su imagen y el Espíritu es el vínculo de amor que une al Padre con el Hijo. Dios es como una familia.

Por esto, cuando Dios decide libre y amorosamente comunicarse por amor hacia fuera por la creación y encarnación, lo hace con el deseo de que las criaturas participen de su vida comunitaria. Concretamente, Dios desea que los seres humanos sean hijos e hijas en el Hijo, le puedan llamar Padre y por el Espíritu entren a formar parte de la comunidad trinitaria.

El proyecto de Dios, su sueño, es un proyecto comunitario: formar la comunidad de hijos e hijas de Dios, hacer del mundo una comunidad solidaria y fraternal, invitar a todos al gran banquete escatológico. En otras palabras, este proyecto es el Reino de Dios, cuyo núcleo esencial es la koinonía, la comunión interhumana, cósmica y divina. Por esto los Orientales dicen que la Trinidad es el mejor modelo de sociedad.

De este modo la comunidad es lo último y definitivo, lo escatológico. Evangelizar es hacer que toda la humanidad llegue a formar parte de esta comunidad del Reino de Dios.

* Bolivia

Cuando Dios actúa, actúa como comunidad e imprime su sello comunitario en todo cuanto hace y dice. Por esto LG 9 afirma que, aunque cada persona de buena voluntad se puede salvar siguiendo su propia conciencia, Dios ha querido salvar al mundo en comunidad.

Este proyecto comunitario de Dios aparece a lo largo de toda la historia de salvación. Ya en los primeros capítulos del Génesis (Gn 1-2) la pareja humana, unida por amor, en comunión ecológica con la naturaleza y en comunión teologal con Dios, es un símbolo de la humanidad nueva que Dios sueña para el mundo.

Este proyecto, roto por el pecado, que es desunión y excomunión (Gn 3-11), es restaurado por la llamada a Abrahán, para que sea cabeza de una gran familia (Gn 12). El Antiguo Testamento es la historia de la comunidad de Israel, llamada a ser un signo comunitario de Yahvé en medio de las naciones, pero que experimenta por sus pecados la división y la muerte.

Del resto fiel de Israel brotará la semilla de una nueva comunidad. Jesús, nace de María, para anunciar el Reino de Dios y muere para reunir a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Jn 11, 51-52). La elección de los doce, que forman una comunidad de vida y de destino con Jesús (Mc 3,13-19), simboliza el nuevo Israel. La opción de Jesús por los marginados y excluidos, forma parte de este proyecto de comunión.

Pero es preciso pasar por el misterio pascual, muerte y resurrección, para que nazca el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, que en Pentecostés se abre a todos los pueblos y culturas (Hch 2).

Los Sumarios de los Hechos nos muestran una comunidad unida en torno a la fracción del pan, la enseñanza apostólica, la oración y la comunidad de bienes (Hch 2, 42-47; 4, 32-35). La palabra *koinonía* designa también la colecta para los pobres, porque no hay comunidad verdadera si los pobres quedan excluidos.

Precisamente cuando la Iglesia en el siglo IV pasa de ser Iglesia comunidad a Iglesia de poder y autoridad, en connivencia con el sistema imperante, surge como reacción profética, la VR, anacorética y sobre todo cenobítica. Su motivación es imitar a los apóstoles en su comunidad con Jesús y volver a la comunidad primitiva de Jerusalén, que anticipa la comunidad escatológica de la Jerusalén celestial.

Por esto la comunidad es constitutivo esencial de la VR, como anticipación profética y escatológica del Reino de Dios. Esto incluye también la solidaridad con los pobres, porque nadie debe ser excluido de la comunidad del Reino de Dios.

La historia de la VR en la Iglesia es una historia de una vuelta continua al proyecto comunitario de Dios revelado en Jesús, proyecto que incluye tanto la fraternidad “ad intra” como la solidaridad “ad extra” con los excluidos de la sociedad.

Pero la historia de la VR nos demuestra que también la vida comunitaria puede decaer o convertirse en una rutina, reduciéndose a la mera observancia regular, a vivir bajo el mismo techo y seguir el mismo horario.

No es extraño que las generaciones mayores, acostumbradas a un estilo más jurídico y formal de comunidad, tengan dificultad en entrar en una nueva visión más profunda de vida comunitaria como la que se propone después del Concilio.

El Vaticano II, advirtiendo el riesgo de empobrecimiento de la vida comunitaria, exhorta a la VR a renovar esta dimensión esencial de la VR (LG 43; PC 16). Después de Concilio hay una nueva exhortación de la Congregación para los institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica sobre La vida fraterna en comunidad (1994). Juan Pablo II en *Vita consecrata* llama a la VR “experta en comunión” y le pide ser en medio de la Iglesia un fermento de comunidad y de fraternidad (VC 46). La

segunda parte de dicha exhortación postsinodal está dedicada a la comunidad: “Signum fraternitatis” (VC 41-58).

Pero todo lo dicho quedaría incompleto si la vida comunitaria se redujese “ad intra” de la VR. Así como la comunidad trinitaria se abre “ad extra” y Jesús anuncia el Reino, la comunidad religiosa está abierta a la misión, según cada carisma peculiar. Una comunidad que se limitase a unas buenas relaciones fraternas sin preocuparse de la misión, sería una caricatura de comunidad.

Es necesario advertir esto, porque las nuevas generaciones religiosas, en reacción frente a una comunidades totalmente extrovertidas y volcadas al exterior, con riesgo de caer en un activismo esterilizante y agotador, tienen el riesgo de caer en el extremo contrario de un intimismo postmoderno.

Por esto es necesario que la comunidad tenga un proyecto común, que descentre la comunidad de ella misma, que la oriente al Reino, a la evangelización, a los pobres, a reconstruir el tejido de la comunidad humana de los hijos e hijas de Dios. De esta orientación al Reino la misma comunidad religiosa es ya un signo.

En la Compañía de María este proyecto común es el educativo, en el sentido más amplio y plural del término.

Más aún, en las actuales circunstancias de la Iglesia, de las Iglesias, de las religiones y de la sociedad, es necesario abrirse a otros agentes para trabajar conjuntamente en el proyecto común. Y esto no simplemente por la disminución de vocaciones a la VR, sino como un signo de los tiempos, que exige la participación de todos al servicio de la paz, la justicia y la preservación de la creación.

Esto implica trabajar con laicos, con otras congregaciones (la llamada intercongregacionalidad), con sacerdotes, con cristianos de otras Iglesias, con religiones no cristianas y con personas de buena voluntad pero sin creencias religiosas. Es lo que hoy se llama “nuevo sujeto apostólico” o también trabajo “en redes”.

Si la vida comunitaria fraterna implica renunciaciones, acogida, aceptación de límites y dones, muchos más lo requiere esta nueva comunidad apostólica. Se exige una verdadera conversión, pues la VR estaba acostumbrada a un protagonismo a veces elitista y aristocrático.

Dependerá de las diversas culturas y contextos históricos el concretar el cómo de este nuevo sujeto apostólico, para que no se pierda la orientación evangélica del carisma y al mismo tiempo sepa encarnarse en las diferentes situaciones. Tampoco se descarta que la misma comunidad religiosa se abra a vivir con laicos, con miembros de otras congregaciones, de otras Iglesia y de otras religiones. Habrá que discernir y experimentar.

Saquemos algunas consecuencias de estos principios teológicos sobre la comunidad religiosa:

- La comunidad no es algo meramente funcional, útil para otros fines, sino que es algo teológico, que tiene sentido en sí misma, es ya del orden de la escatología, de lo definitivo, del Reino, pertenece a la esencia del cristianismo, desde las comunidades de base a la comunidad católica que preside el Obispo de Roma, pasando por las comunidades locales, la familia, la parroquia, las comunidades religiosas, las diócesis.
- Existe una tensión entre el ya-sí y el todavía-no: la comunidad está siempre en tensión hacia el Reino, siente nostalgia del fin, pero se siente imperfecta, en camino.

- Esto implica un sano realismo: la comunidad se construye cada día, con amor, perdón, aceptación de la cruz, comprensión, misericordia, comunicación, diálogo, soportándonos y llevando mutuamente las cargas de los otros (Gal 6, 2; Col 3, 12-17); pretender una comunidad de sólo santos es un puritanismo que sólo conduce al fariseísmo: somos una comunidad de pecadores continuamente perdonados y llamados a caminar hacia el Reino.
- La comunidad tiene su precio, hay que “estar” en ella, lo cual implica tiempo, momentos de encuentro fraterno, de oración, de eucaristía, de discernimiento, de expansión y descanso común; no basta la mera coexistencia en un mismo lugar y bajo el mismo techo, es necesaria la comunicación humana y espiritual. Sin comunicación y diálogo personal no hay comunidad.
- La comunidad religiosa articula y sostiene tanto los votos como la misión, es una comunidad misionera, teniendo en cuenta que el testimonio de la misma comunidad ya forma parte de la misión y es un elemento alternativo y contracultural para el mundo de hoy.
- La comunidad no debe asfixiar a las personas individuales, que han de mantener sus espacios de privacidad y silencio para la oración, el estudio y el discernimiento y así poder aportar su propia riqueza personal.
- La comunidad no es algo puramente psicológico, un grupo de afinidad afectiva y fusional, sino que es un acontecimiento del Espíritu, comunidad pneumática, que transforma las psicologías y las abre a los demás, en relaciones fraternas constructivas, aceptando los límites y dones de cada uno.
- La comunidad es, en última instancia, un don y gracia de Dios, que hay que pedir continuamente. Es el Señor el que nos llamó y nos llama a vivir un carisma y nos mantiene unidos por la fuerza del Espíritu.

De este modo, la comunidad religiosa, que brota del misterio trinitario y es llamada a seguir a Cristo al servicio del Reino a través de un carisma, en la Iglesia, se convierte en signo de gracia y testimonio evangélico contracultural frente aun mundo dividido por odios y guerras.

Cochabamba, Bolivia. Julio 2005